

Colaboración de las
más prestigiosas fir-
mas. — Información ge-
neral de todo el mundo.
Extensas informacio-
nes gráficas de actua-
lidad.

SE PUBLICA LOS DÍAS
15 Y 30 DE CADA MES

ALMA

IBÉRICA

Redactor-Jefe.
FIDEL PRADO

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN:

Calle Mayor, 4, 1.º B.

TALLERES:

Imprenta Artística

Calle del Norte, 21. Tel. 17-65 J.

Apart. Correos 10.032

CRÓNICA DE ACTUALIDAD

La Fiesta del Trabajo y del Amor

EN este mes de maravilla en que todo entona un supremo canto a la vida, los hombres celebran una Fiesta que es, al mismo tiempo, un símbolo y una esperanza. Esa Fiesta es la del Primero de Mayo, la que se celebra el día en que se inicia este mes tan lleno de inquietud y de deseo de vivir.

Este año, como los anteriores, se celebrará la Fiesta del Trabajo en las diversas capitales españolas.

Y nuestros obreros, los que levantan nuestras casas y fabrican nuestro pan, fraternizarán en una jornada de amor y de compañerismo.

Juan José—todos lo recordarán—es el símbolo del obrero. En aquel hombre bueno que en las escenas admirables del drama de Dicenta vive y palpita con recios latidos de pasión. El es bueno, él es honrado, él quiere trabajar. El, desde los días tristes de su niñez, no supo de amor ni de generosidad y sólo cobijó su infinita sed de cariño en dos grandes pasiones: su trabajo y su Rosa... Pero la Vida, implacable y cruel, no le quiso hacer feliz. El hambre, el dolor y la traición le tendieron sus redes oscuras, y le hicieron caer en el abismo del mal. Aquellos sus grandes amores—el trabajo, Rosa—le faltaron. Y al faltarle, le empujaron al dolor y al crimen. Y Juan José, paradójicamente, mató por amor. Quiso ser siempre bueno, y no le dejaron... Quiso trabajar, y no se lo permitieron... Quiso amar, y tampoco pudo conseguirlo...

Se recuerda ahora, en esta jornada del Primero de Mayo, a Juan José, como un símbolo pasional y romántico del obrero. Su figura volverá a surgir en los escenarios, y tornará a amar a Rosa, y a robar para que ella no pase hambre, y a penar en la cárcel su delito, y a escaparse de la celda para que ella—jella, su Rosa!—no vuelva a temblar de amor en los brazos del otro...

Fiesta del Trabajo esta del Primero de Mayo, lo es, también, de amor. Trabajo y amor son las dos únicas banderas que deben guiar a los hombres en su camino. Trabajo y amor para el bien común,

para la felicidad de todos. Trabajo y amor que borren del mundo los egoísmos, los odios, las injusticias. Y al ser ese día la Fiesta del Trabajo y del Amor, no debe serlo sólo del trabajo de las manos, del trabajo mecánico y rudo que llena de sudor la frente y cansa los músculos; debe serlo, también, del trabajo en su otro aspecto, del trabajo de la frente, que rinde el pensamiento y fatiga el corazón...

BIBLIOGRAFÍA E INTERPRETACIONES CONCÉNTRICAS

EN 1915 Alfonsina Storni escribe «La Inquietud del Rosal» que publica al siguiente año.

En «La inquietud del Rosal» la señora o señorita Storni rima con más frecuencia de la que fuere prudente *boca con loca y amores con flores*.

El ripio es abundante flor de este poco original paisaje.

La poetisa nos es simpática en verdad. Así nuestra buena intención creía ver inexperiencias de una juventud retrasada, en el primer libro, pero nuestra profunda pena fué cuando después de él en la prensa americana leemos una colaboración poética tan asidua como desgraciada... ¡Todo sea por Dios y por la simpatía que el rostro interesante y melancólico de la poetisa, a quien conocemos por un retrato, nos inspira! Estábamos nuevamente dispuestos a buscar disculpa para su poesía, cuando recibimos «Dulce daño» (Buenos Aires, 1920), donde en vez de corregirse vuelve a insistir sobre los mismos paisajes de tópico y ripio para definitiva decepción nuestra que tristemente leemos este verso:

Escrúteme los ojos, sorpréndeme la boca,
sujeta entre tus manos esta cabeza loca...

Entre estas poesías y otras que, en su primer libro publicaba la poetisa no hay más que una diferencia: que tenían mejor intención psicológica los anteriores:

(Si quieres besarme... besa,
—yo comparto tus antojos—
más no hagas mi boca presa,
¡Bésame quedo en los ojos!)

Esta clase de poesía acaso fuera disculpable hace quince o veinte años, pero no ha dejado huella ninguna para la

poetisa las nuevas o siquiera modernas orientaciones líricas? ¡Qué pena nos produce observar cómo hay espíritus obcecados que no quieren pasar el puente precioso del ayer al hoy!...

La disculpa de la ingenuidad — un poco retrasada repetimos — no nos es posible aplicarla porque la poetisa hace anteponer a los versos de este libro un prólogo de ella misma, donde con cierta presunción, después de quejarse de que se la tache de erótica, y antes de compadecer a los que no entiendan su poesía, nos dice: «Este libro peca acaso de cerebral». ¿De cerebral? No, señora o señorita Storni, no diga eso jamás.

La defensa de su poesía estaba en el respeto que nos impone siempre un corazón sencillo e ingenuo; para un libro cerebral no hay compasión crítica.

Dice la poetisa:

No me mires así, no me mires, te ruego,
se tuerce de tal modo mi sentir en tu fuego,
que yo me desvanesco como si destapara
un frasco de perfumes bajo la luna clara.

¿Esto es cerebral? Sigamos leyendo:

Te esperaré sentada en nuestro banco
y por gustarte vestiré de blanco.

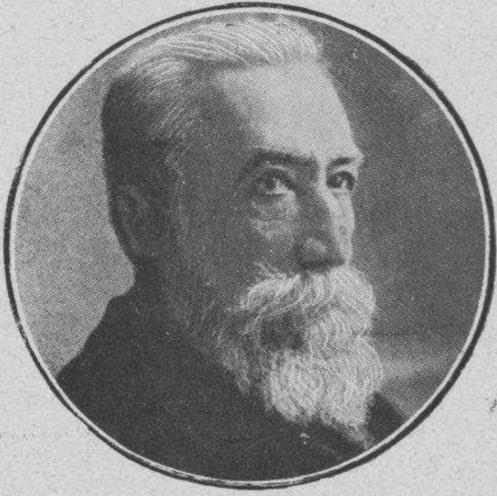
No esperes al llegar, que yo me mueva
de la glorieta que nos finge cueva.
Me lo suele impedir el corazón
que a tus pasos se pone en desazón.

¡Ay, señora o señorita Storni!... ¿Por qué nos dice que son cerebrales estos versos, cuando un corazón sincero, y espontáneo, los ha dictado sentimentalmente? Vamos, venga acá, poetisa, no se enoje por este noble aunque amargo proceder nuestro... Femenina, deliciosamente femenina resulta su poesía, aunque inexperta y débil, pero ¡no le quite ese encanto ahuecando la voz en el prólogo donde se quiere jugar a juegos trascendentales, que no son propios de un espíritu sensible e ingenuo!

Nos ha puesto tristes escribir estas líneas. Pero jurado estaba al comenzar nuestra labor ser sinceros en ella.

Además, hubiera sido cruel con una principiante o una oscurecida, pero la señora o señorita Storni es admirada por un cierto público de Buenos Aires y aun de América toda. Y sus poesías se reproducen con alguna frecuencia en revistas europeas.

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO.



CRITICA LITERARIA

La figura de Anatole France.

NI el escepticismo genial y grandioso de Anatole France, ni sus ideas políticas, ni sus propagandas sociales, producto sabio de una investigación concienzuda; ni la incredulidad del Maestro hacia todo idealismo, han sido obstáculo para que Francia, la Francia eminentemente intelectual, haya tributado al insigne pensador un homenaje sentido, de respeto y admiración, celebrando de tal forma el octogésimo aniversario de su nacimiento.

Huelgan comentarios ante la evidencia de los hechos. No interesa a los franceses que sus grandes hombres—cuyas obras han de ocupar lugar honroso en la historia, cuyo recuerdo traspasará los umbrales de la posteridad ante el acatamiento de la nación—pertenecan a tal o a cual partido, defiendan una u otra doctrina y sientan predilección por dogmas que no merezcan la aprobación de algunos elementos.

La labor didáctica de Anatole France es de un valor universal inapreciable. Sus obras literarias, escritas con un estilo sutil insuperable, le acreditan además como el mejor estilista de Francia. Ni Renán, con su grandiosidad de conceptos, llegó a penetrar tan de firme en el corazón del pueblo, adentrándose en las conciencias y atacando con inimitable maestría a los Gobiernos que obraban mal. La vida interna del país, observada, estudiada con minuciosidad maravillosa, que al mismo artista causaba impresión, llevaba el convencimiento a todas las almas por medio de sus artículos, sensatos y severos a la vez.

El anciano escritor lo ha dicho en numerosas ocasiones:

«Sólo hay un francés imparcial que en los libros ha querido hallar la esencia embriagadora del triunfo y a costa de trabajos ha conseguido purificar su inteligencia, librándola del pensamiento mezquino que corroe. Porque las inteligencias puras, no saben o no pueden soportar el hedor acre de una baja pasión; es preciso destruir esos moldes que para tormento de la humanidad creó la fuerza bruta, ahogando la fuerza del derecho.»

Anatole France no reconoce nada, ni

en ningún momento de su vida ha querido opinar. A su análisis y a su estudio no se ha podido sustraer la historia de los pueblos europeos; la religión desde sus orígenes remotos; el por qué de la existencia humana. Sólo él con su independencia absoluta, tan ausente de la vanidad y tan lejos de la envidia, pudo desentrañar misterios de Estado, desnudando todos los prejuicios.

Alguien le llamó humorista, en sus años mozos, cuando su temperamento empezaba a desenvolverse y las primicias de su talento, aun temprano, dejaban vislumbrar un futuro glorioso. Anatole France, sin embargo, era pesimista en cuanto al porvenir de su patria, disgustábase el carácter predominante; la carencia de ternuras le angustiaba. Se creía débil, impotente, para contener la ola de sensualidad que muchas veces amenazó a la nación.

El lema del artista era amar a aquéllos que sufrían opresiones brutales de los de arriba y se sentían injuriados o menospreciados por el orgullo necio del vulgo vil. Un amor hecho del odio, que él solamente comprendía.

De tal forma, era lógico que Anatole France triunfara ya que su palabra audaz y su literatura excelsa estaban inspiradas en el afecto por los que padecían hambre y sed de justicia. Los que no aplauden su obra, deben estar considerados como *seres que se dejan vivir*, sin que para ellos la razón y el derecho posean valor alguno.

El maestro, que supo vincular en su pseudónimo el nombre de su tierra natal, con la pura y genuina representación espiritual de su labor; nada hubiera sido de no existir esa amplia libertad de idea, que es la razón suprema de la dignidad.

Por su variedad de pareceres y la inestabilidad de su pensamiento, Anatole France ha sido considerado como un humorista que militase al tiempo en dos o tres partidos políticos. Más que humorismo es habilidad, porque el artista que con su pluma en ristre, escudriñaba los actos de los gobernantes para llevar después la exaltación o la calma al espíritu popular, necesitaba pulsar a la opinión para hacerla justicia; ser el peregrino inquieto que buscaba anheloso la rebeldía e hiciera brotar del corazón de sus hermanos el manantial fecundo de la emoción o del arrepentimiento y despertar el valor si permanecía inerte en momentos difíciles.

Su historia está llena de aventuras dolorosas; sus trabajos escritos en lenguaje transparente y flúido, van marcando en el alma de quien los lee, una huella profunda e inalterable de melancolía.

En España no existe, por desgracia, un Anatole France; ni nuestros genios son completos; ni nuestros pensadores, sencillos. Amemos, pues, la figura preclara del maravilloso estilista, ya que nos encontramos unidos a Francia, su patria, por un estrecho nexo espiritual.

ALFONSO AYENSA.

Abril de 1924.

LA CIUDAD DE SIGÜENZA

El entierro de Cristo.

EL saxófono de la capilla ha iniciado un salmo funeral que, seguido por las sedas de los oboes, ha tendido su patético son como palio de tétricos crespones sobre la ciudad.

Oscuridad, severidad, tristeza... El alma de Sigüenza, enlutada como una viuda, hase postrado ante el catafalco monumental—erigido en medio de la catedral—, que tiene por icono un cráneo amarillento y dos tibias en X, escoltado por cuatro blandones erectos...

En los ámbitos sonoros del templo—tornavoz religioso de emociones—aun resuena el tétrico sermón de Soledad.

Y empieza el obituario. Pónese en marcha el funebral cortejo. El arcaico féretro, ornado con plumeros de fibras de cristal, es conducido a hombros de soldados romanos, de armaduras fulgentes y lanzas que terminan en una flor de lis... Un piquete de gala da escolta al ataúd, cuya urna deja ver el cuerpo amoratado de Nuestro Señor... Los filos de las bayonetas hacia abajo. En las alturas hay dolor...

Fariseos encapuchados y sayones de luengas cabelleras blancas, tocados de cucuruchos que les enmascaran las faces, van detrás, con pendones negros, exornados con amarillos símbolos...

Luego, la angustiada imagen de la Soledad.

El fantasmal cortejo recorre las ensombreadas naves del templo. Y sale.

El fúnebre cortejo sigue pausado, pausado—entre dos rosarios de luminarias, que portan bellísimas «esclavas»—al compás lúgubre del *Miserere*, por las calles del Cardenal Mendoza y del Padre Sigüenza. El palacio episcopal y el Seminario aparecen iluminados. Tras las rejas de las celdas, los seminaristas, en su prisión voluntaria, como almas perennes que, tras los hierros, lanzan al paso del Entierro la flor de sus responsos...

La ciudad toda se ha volcado hacia esta parte. Todos sus anhelos y sus curiosidades se han fijado ahora en un punto: en la puerta de arco—cerrada—de la iglesia del Asilo, que la liturgia ha hecho en este momento tapa del sarcófago que ha de recibir al sacro yacente...

Un silencio inmaculado inunda los ámbitos. Una muchedumbre de respiraciones contenidas. Una multitud de corazones trepidantes de emociones ahogadas... El cortejo ha llegado. Callaron las músicas y rezos. El cielo se ha teñido de un oscuro azul. ¡El aullido fatal de un perro lejano rasga levemente la suprema calma... Y tres recios golpes de lanza resuenan sobre la puerta. Dos silencios. Al tercero, un ruido:

—¿Quién va?

Y el sayón contesta:

—Jesús de Nazareno, rey de los judíos...

Las puertas se abren y la multitud frenética exhala las ansias contenidas de su alma estrujada de emociones...

LUIS LOZANO.

EL CAFÉ DONDE SE AMA

UN NUEVO
LIBRO DE

J O S É
FRANCÉS



José Francés, en «El café donde se ama» nos hace notar especialmente sus dos hondas y principales preocupaciones de novelista: El «misterio» y la «tragedia humilde», oculta en personajes oscuros y extraños, pero de una absoluta y sincera y hasta, a veces, hiriente realidad. Ante todo séanos

dado afirmar que «El café donde se ama» es un libro honrado y bueno, libre por completo del odioso tópico de la pornografía y de la insulsez de las novelitas blancas.

No. Este libro posee un verdadero tesoro de emotividad que le presta la plenitud pujante de quien le escribió, sin buscar la rijosidad de algunos «asiduos lectores» ¡y de qué clase tan lamentable de literatura! o la hipócrita pudibundez de las señoritas que admiran fervorosamente a Chantepleure y frecuentan los cinematógrafos.

«El café donde se ama» contiene cuatro novelas cortas, cada una de las cuales hubiera dado lugar, por sí sola, a un tomo de trescientas páginas; es decir, que José Francés queriendo conservar intacto el alto prestigio de su honradez profesional no ha querido dar cuentos hinchados, ofreciendo noblemente, en cambio, novelas simplificadas. Por ellas desfilan los tipos más diversos, los espíritus más distanciados, las intenciones más antagónicas, todo ello unificado por el interés creciente de la acción y por el irreprochable atildamiento del estilo...

En «El café donde se ama» se refiere la historia de una extraña pareja observada en el turbio ambiente de un café de barrio. A esta novela siguen: «La cadena» narración pródiga en fuertes emociones que destaca en el autor su predilección, de que antes hablamos, por los asuntos misteriosos, «El delito de

soñar», donde se retrata la complicada psicología de una colegiala, y por último «Piedra en torrente», admirable novela de circo, a nuestro juicio, lo más interesante del libro es el tema de ella el intenso apasionamiento — virgen e inexperto — de una juventud torturada y truncada por la solapada ruindad de los demás, de un espíritu ingenuo arrastrado en el torbellino aniquilante de las bajas pasiones, de una ensoñación rota en el sublime instante del logro espiritual...

Y esto bellamente expresado, gallarda y noblemente sentido...

En fin, que José Francés a cada nueva obra que escribe la da más vida, más serenidad, más sugestionador realismo; ¡y de ahí lo halagüeño de sus rotundos y constantes éxitos obtenidos justamente sin mixtificaciones ni compadrazgos.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

FOTO CALVACHE.

Los toros



Dominguín en un pase de pecho.



Chicuelo, en un vistoso lance.



Márquez en un gran par de banderillas.

Inauguración

Los que afirman que cada vez hay menos *toreros*, dicen una verdad como un templo. Y para probar el acierto de la afirmación no es necesario esforzarse gran cosa. Los llamados «ases»—a los que yo denominaría «sotas»—se encargaron de dar la razón a los que dicen que los «coletudos» de hoy, en su mayoría, son unos farsantes, unos mercachifles del toreo.

La Rosa es un gran torero... si quiere; pero como no quiere casi nunca; el dar un par de verónicas bonitas, un pase natural dibujado y otro de pecho componiendo la figura, no es suficiente para que ocupe uno de los primeros puestos en el escalafón taurino y que, por consiguiente, cobre seis o siete mil pesetas.

La'anda—¡el supuesto heredero de las glorias de Joselito!—tiene una apatía y una desaprensión que asombran. Trabajar poco, exponer menos... y a cobrar. ¿Que el público, indignado, llega, como ocurrió en la primera de abono, a querer agredirle? Para eso lleva en clase de «flamenco» a Juan de Lucas. Y el

toreo no es eso, distinguido pollo; y el artista se debe al público y a éste hay que darle todo lo que se pueda. Y si no se le puede o no se le quiere dar, ¡a casita, que llueve!

Claro es que, arrimándose, se expone uno a «tomar» una cornada, como le ocurrió a Valencia; pero esas cornadas dan fama de valiente y dan miles de duros pues sirven para firmar muchos contratos.

De Chicuelo, ¿qué decir? El niño prodigio empieza la temporada oyendo gritas formidables en Madrid y en provincias. Malo es que principie así, pues el sobrino del señor Borrero (a) Zocato, es también más fresco que una noche del mes de enero, y para él el público no tiene la menor importancia.

Márquez descolló grandemente en la corrida de inauguración. Toreó, banderilleó y mu-

leteó bastante bien a su primer toro, y a éste y al sexto los pasaportó con valentía y con hechuras de buen matador. ¡Adelante, muchacho! Ahora es la ocasión de colocarse definitivamente.

Dominguín tuvo el santo de espaldas, estando desconcertado toda la tarde, debiéndose ello, en gran parte, a la injusta actitud que el público ha adoptado con él. En su segundo toro, un «becerrete» de treinta arrobas bien cumplidas y dos cirios descomunales, se arrimó el muchacho y entró cuatro veces a matar, con arrestos y con vergüenza torera; pero el publicuito estaba «de uñas» y siguió tomando a chufra la labor del toledano. ¡No hay derecho, caballeros; no hay derecho!

Armillita, Rodas, Magritas y Carrato, conquistaron abundantes y merecidos aplausos.

En resumen: mucha afición, muchos deseos de toros, pero dos festejos aburridísimos. ¡Mal comienzo de temporada!

DON BASILIO.



Lalanda en un ayudado por bajo.



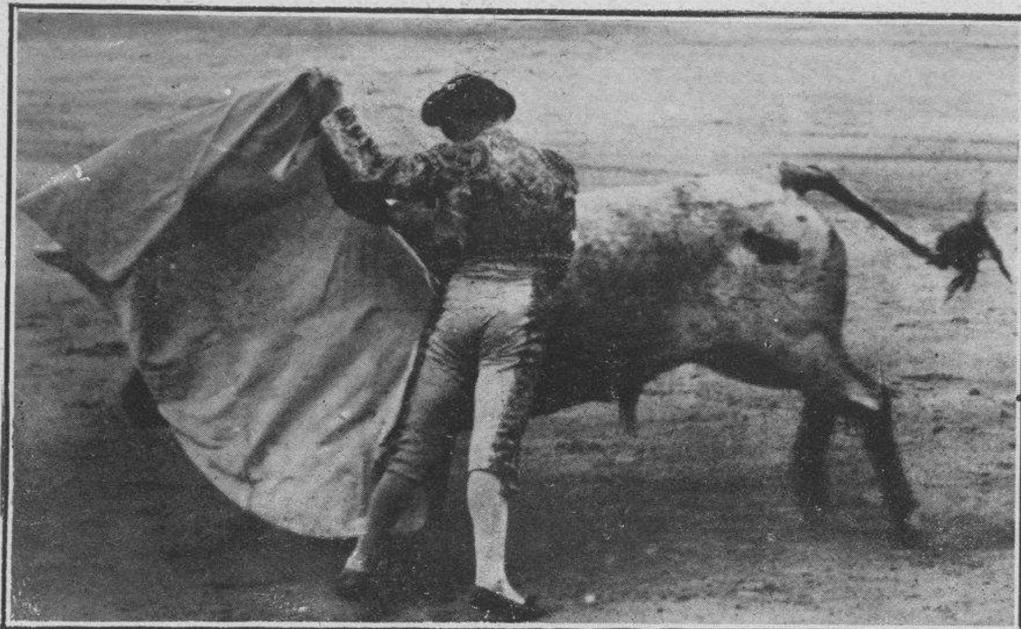
Valencia II rematando un quite.

Fotos Rodero.



El público y los toreros

El caso de Dominguín



Es indiscutible que el público de Madrid es uno de los más inteligentes, acaso el que más, en asuntos taurinos; pero también es innegable que es uno de los más apasionados. Cuando le da por encubrir a un torero, basta con que éste tenga una buena tarde para que, sin esperarse a ver «si sonó la flauta por casualidad, le adjudique la categoría de «as», reconociéndole como el legítimo sucesor de los que más legítima gloria alcanzaron en el toreo.

Si, por el contrario, hay un diestro que, después de torear muchas tardes con éxito, empieza a torcerse porque, a pesar de su buen deseo la suerte no le ayuda o las condiciones de los toros no le permiten el lucimiento, el público «la toma con él» y comienza la «chufra»; y el que conquistó otras veces ruidosas ovaciones, orejas, paseos triunfales, etcétera, etc., es ahora un maleta que no sabe torear, un «chhalao» que debe marcharse a su casa o dedicarse a otra cosa...

Este es el caso de «Dominguín». A Domingo González no le ha impuesto nadie en el toreo. Se impuso él solo por su valor y por su estilo, que no vamos a discutir ahora. Le encumbró el público, y con el beneplácito de éste ha toreado muchas corridas durante varias temporadas.

Pero de poco tiempo a esta parte, el que en una tarde memorable cortó, por unánime petición, las orejas de los dos toros que mató; el que sin escoger ganaderías torea todo lo que «le echen»,

apechugando con lo que los «señoritos del toreo» no se atreven a torear, ha caído en desgracia y tiene en contra suya al «respetable», sin verdadera causa que lo justifique.

En la corrida de inauguración le tocaron a «Dominguín» dos toros de bastante consideración: el primero de ellos, difícilísimo;

el segundo, grande y gordo, y con más cuernos que un carabao. Aquél no permitía filigranas, y, como es natural, Domingo no pudo hacerlas. En el segundo se arrimó bastante, y le entró a matar cuatro veces, *con verdaderos deseos*, sin buscar tras de la primera acometida el alivio del descabello, como hacen otros.

Pues, a pesar de esto, el público siguió molestando a Domingo, sin querer reconocer su voluntad.

Y no es esto, señores míos. Domingo González no será «as», no será la primera figura del toreo; pero tampoco es un loco ni un advenedizo. Es un torero *hecho*, no peor que otros que hoy están «en candelero». Ustedes han sancionado favorablemente su labor durante muchas tardes. Ustedes le han animado. Ustedes le han hecho llegar adonde llegó. ¿Por qué ahora esa hostilidad?

Seamos sensatos, seamos justos. Todos los toreros pueden tener malas tardes. Si a otros se les dispensa, ¿por qué no ha de dispensarsele también a «Dominguín»?

Ante todo, caballeros, ¡justicia y equidad!

Fotos Rodero.

DON BASILIO.



Cuentos de "Alma Ibérica"

Una aventura peligrosa



A Conchita M.

LA mano de Ricardo Pajares tembló al coger aquella carta. ¿Por qué le escribía? ¿No habían quedado en verse en la playa al atardecer?... Inquieto, rompió el sobre y leyó con avidez: «Mi marido se ha enterado de nuestras relaciones. Se ha puesto hecho una fiera y la semana próxima me llevará a Madrid; pero no desesperes, pues todo se arreglará perfectamente. Yo no me condeno a vivir con un hombre que no puede labrar mi felicidad.» Seguía a esto una despedida bastante cariñosa y un nombre — más bien un mote — de mujer.

Ricardo Pajares, una vez leída la carta, se dió a pensar seriamente unos instantes.

De modo que él, una figura del gran mundo, había huído de la corte como único medio de deshacerse de una mujer casada y ahora estaba unido a otra en aquella playa norteña donde buscó refugio. Bien; muy bien. Una nueva aventurilla; un nuevo entretenimiento para su corazón, cansado y experimentado, a causa de una vida gozada con demasiada rapidez.

Tenía veintiocho años, buen tipo, unos miles de duros y muy poca vergüenza. Es decir: lo que es imprescindible para poder triunfar de la vida «amorosamente». ¿Qué le faltaba, pues, a Ricardo Pajares, para ser un tenorio completo? El valor; nada más que el valor.

Cuando huyó de Madrid no fué la causa de su huída el sentir miedo de aquella mujer, no. Eso no; pero hablando con franqueza, sintió miedo del marido de aquella mujer. Y ahora, aquí, en la playa de moda, siguiendo su manía de preferencia por las casadas, había cortejado a otra. ¡Y vaya una casadita! Estatura regular; ojos grandes y de color ceniza; cabello negro y encrespado; y, en suma, el tipo más interesante que se exhibía por la segunda playa. Lo que se dice una criatura encantadora. ¡Qué lástima que tuviese aquel marido! Caprichoso, extravagante y, como si esto fuera poco, gran jugador de ruleta. Era alto, muy alto y muy fuerte, casi hercúleo; pero carecía de energías y de voluntad. Era un hombre que no había podido resistir la tentación de todos los vicios y ellos le arrastraban vertiginosamente hacia la perdición.

Todas las noches, en el casino, se dejaba hasta la última peseta. Acto seguido, abandonaba la «sala del crimen» y, huraño

y pensativo, no cesaba de pasearse por el «salón-tertulia» hasta que veía a Ricardo Pajares.

—Buenas noches — saludaba amable.

—Muy buenas — le contestaba Pajares. Y luego añadía: —¿Qué tal se ha dado la rueda? ¿Se ha portado con usted decentemente?

—¡Calle usted por Dios! Estoy desesperado.

—¿Se ha dado mal?

—Y tan mal. Como que me han «mordido» esos canallas tres mil pesetas. ¡Una tontería!

—Paciencia. Acaso otra noche se lleve usted en el bolsillo incluso el banquero.

—Imposible. Es que tengo una suerte infame! ¡Calcule usted! Hoy, tres mil pesetas; ayer, dos mil quinientas; el jueves, cinco mil... A este paso...

—¡Hombre, quizá mañana!...

—Me pueda desquitar, ¿no es eso?

—Eso mismo.

—Con esa idea voy todas las noches, y... sin embargo... En fin: ya usted ve: me encuentro hasta sin las pesetas suficientes para pagar el «auto».

—Si usted quiere...

—Sí; hágame el favor de unos cuantos duros. Mañana sin falta...

—Aquí tiene cien pesetas.

—Muchísimas gracias. Se lo devolveré lo antes posible.



Esto ocurrió muchas noches. Y un día, Ricardo Pajares supo que el pobre esposo engañado, para colmo de desgracias, había perdido todo su capital en la fatídica «sala del crimen».

* * *

Ricardo Pajares leyó por décimoséptima vez las primeras líneas de aquella carta que venía a deshacer el actual encanto de su vida de conquistador: «Mi marido se ha enterado de nuestras relaciones. Se ha puesto hecho una fiera y la semana próxima...» ¿Qué le convenía, pues, hacer en vista de aquellos acontecimientos tan desagradables? Largarse a Madrid inmediatamente sin hacer caso de lo que decía ella en la carta de que todo se arreglaría ¡Bueno estaría el esposo ultrajado! Perder una fortuna y casi perder también la compañera de toda su vida.

Nada de vacilaciones; nada de titubeos. ¡A Madrid, a Madrid!

Pero quiso su mala estrella...

* * *

—¡Eh, señor Pajares! ¡Hágame el favor! A Ricardo Pajares se le cayó el alma a los pies al mismo tiempo que las maletas. Trató de escurrir el bulto, pero se detuvo al oír aquellas palabras...

—Si es usted un caballero, deténgase.

—¡Claro que lo soy! — contestó temblando.

—Así me gusta — añadió el marido engañado —. Escúcheme. No trate de ocultarme nada. Lo sé todo... Mi mujer me ha traicionado y ha sido con usted. Claro: usted es joven, yo no lo soy; usted tiene dinero, yo estoy arruinado... Pero esto no ha de quedar así: yo soy un caballero.

—Y yo, otro.

—Yo necesito que usted me dé una satisfacción.

—Se la daré — dijo Pajares palideciendo.

—¿Está usted dispuesto a dármela?

—Completamente dispuesto.

—¿Sea de la clase que sea?

—Sí, señor. Ya le he dicho que yo también soy un caballero.

—Muy bien. Escuche. Venga hacia este lado para que no nos oiga nadie.

—Diga.

—¿Me podría usted prestar diez mil pesetas?

LUIS MONTERO.



MORISCA

MOMENTOS DEL GENERALIFE.

Atardecer de estío en el Generalife....
Sueño lejano y dulce de una oriental morfina...
¿quien es, corazón mio, el mágico alarife
que alza sus torres sobre la tarde que declina?

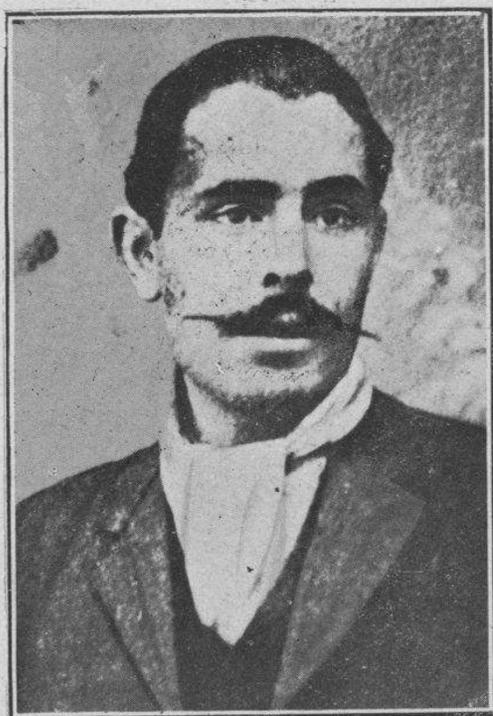
Una mano invisible va despertando estrellas
y se forma el magnífico harén del firmamento,
músicas vagas, ténues, imprecisas y bellas
suben hasta nosotros prendidas en el viento.

¡Delicia suave y honda que el corazón conmueve!
Maravilloso instante en que la vida queda
suspendida en la tarde sobre la noche breve!..

Y mientras allá abajo el mundo torpe rueda,
pasa una golondrina y, haciendo un giro leve,
nos saluda y nos roza con su ala de seda....

Salvador Valverde

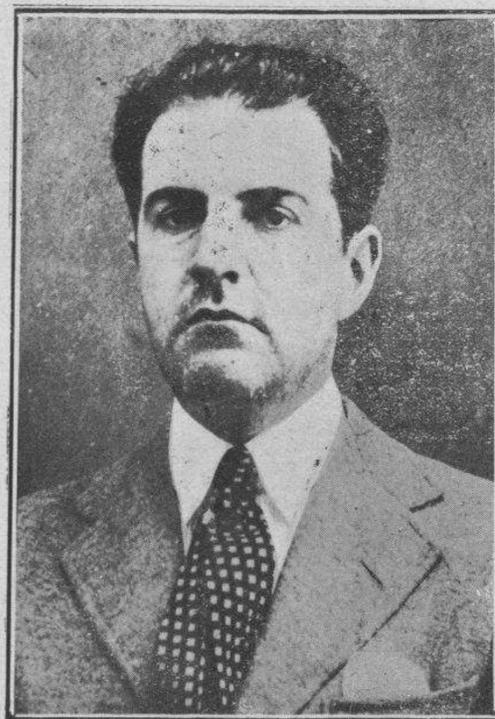
INFORMACIÓN GRÁFICA



Antonio Teruel, uno de los atracadores del expreso de Sevilla que se suicidó antes de caer en poder de la justicia que le acosaba.



Carmen Atienza, conocida tanguista, esposa de Antonio Teruel, cuya participación en el delito está definida como encubridora.



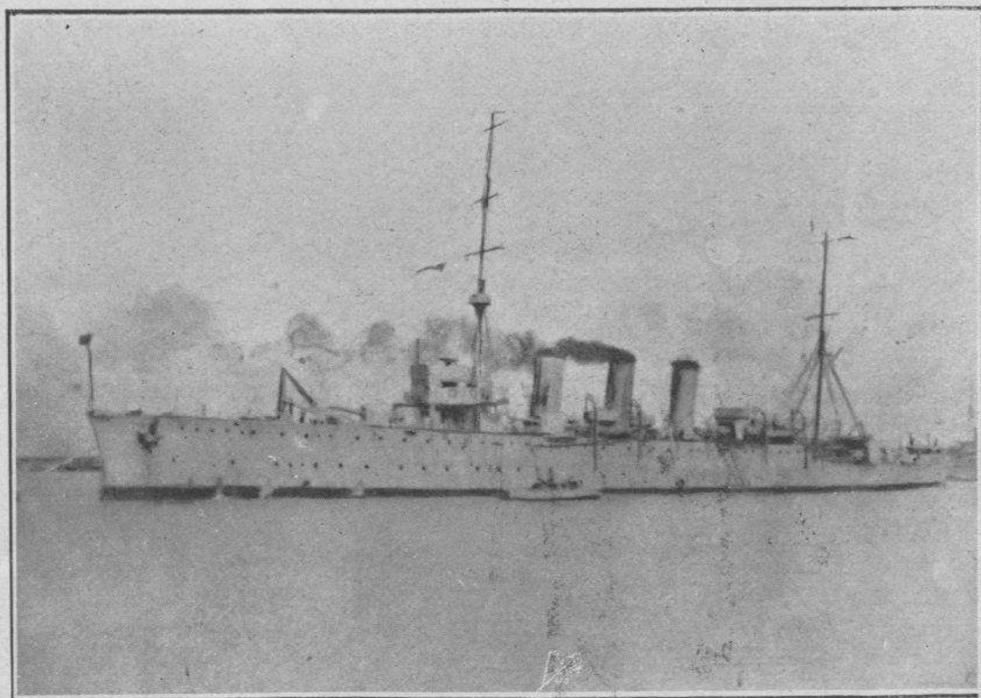
José María Sánchez Navarrete, otro de los autores del infame crimen, que al detenerle ha confesado su participación en el hecho.



Una escena de la zarzuela «El puente de Triana», estrenada en Eslava, con la cual ha logrado un merecido triunfo el compositor señor López del Toro.



Un momento de la obra «La linda tapada», estrenada en el teatro Cómico, cuya partitura, según la crítica, es la más completa del maestro Alonso.



SAN FERNANDO.—El nuevo crucero español «Reina Victoria» fondeado en los caños del Arsenal de la Carraca, donde se le colocan los tubos lanzatorpedos.

Fotos Pfo.



La españolísima artista Rosario Leonís, que al reaparecer en Eslava ha reverdecido una vez más sus laureles triunfales.

Películas madrileñas

EL 2 DE MAYO

—Chico, no es que te lo cuento, es c'hay que verme la cara pa ver patentaos los hechos del final de la jornada del Dos de Mayo.

—Ya veo que t'han puesto la chilaba com'un puesto de melones al por mayor.

—¡Ya no es nada comparao como la tuve!... Si hace unos días me hallas al volver d'alguna esquina vas y haces así y t'apartas pa un lao, porque te figuras qu'es el autobús que pasa.

—¡Pos anda; que te tendrían que trasladar a tu casa en un camión de trasportes! —Tanto, no; pero hizo falta subir la capota al coche pa que no me tropezara en los chichones.

—¡Arrea! ¿Sabes tú que la Gervasia debe de tener por manos máquinas d'aplastar grava? — ¡Calla, hombre; si aún estoy sordo de los golpes!...

—No m'extraña. Lo que sí me choca mucho es que tú t'iznotizaras y te dejases zurrar el cutis por esa dama.

—¡Es c'a ti también te zurrak!...

—¿A mí?... ¡Vamos!... Ni con clara y limón me toca el cuero...

—No presumas de azafata y echas roncás, que si tú estás en la zaragata

y te las echas de pincho igual que yo, te la ganas, como se murió mi padre d'una chispa de cazalla...

—¡A ver si es que yo soy manco

—Es qu'ella tié cuatro varas de los dátiles al hombro y además es una dama que madruga cuando hay golpes.

—¡Como si no s'acostara!

A mí lo que me demuestras con el vagón de naranjas que luces en la tetera qu'es que tiés sangre d'horchata, porqu'el hombre que se deja tocar la retreta austriaca por una socia iracunda, sin por lo menos lisiarla un remo pa insecularan, nõ tié d'hombre más que facha.

—¡A ver si vás a obligarme a que t'endiñe en la cara dos upas, pa demostrarte que yo voy donde los haiga con riñones.

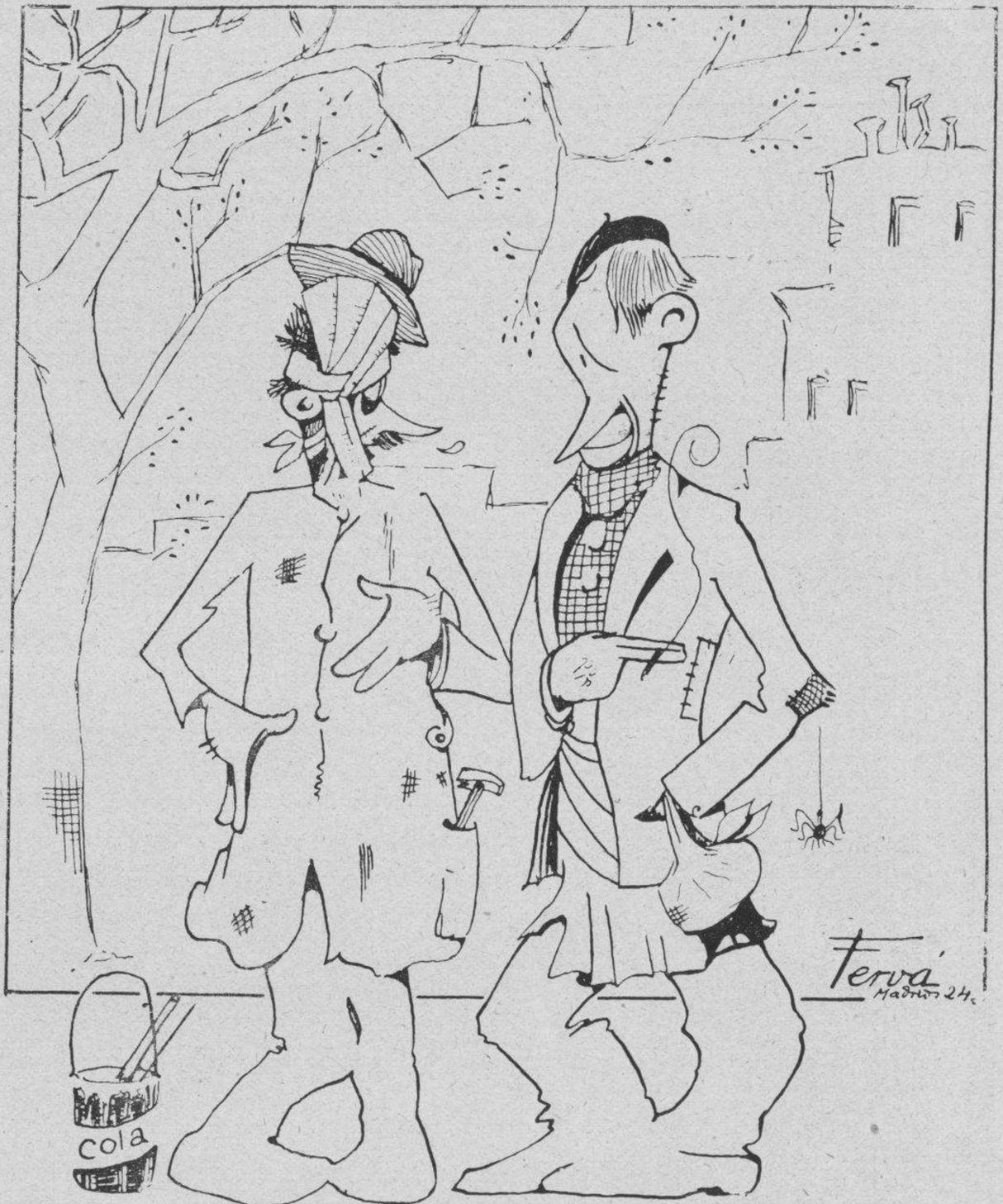
—Pues, entonces; ¿por c'has cantao la tarara y t'has dejao lesionar por esa sota d'espadas?

—¡Porque madrugó!... ¿No l'oyes?...

—Pos sí c'hace falta ganas de levantarse temprano pa dar a uno dos guantadas!

—¡Si hubiesen sio dos solas!...

Fueron dos docenas largas y un bergantín de lesiones que me pusieron la gaita



pa exhibirla en un museo.

—Pero, a tóo esto; las causas, ¿se puén saber?

—Histerismo que padece la Gervasia, y el tomar por donde quema lo que no tiene importancia. —Cuenta.

— ¡Si es cosa vulgar! Que la fuí a buscar a casa por si quería venirse a celebrar la batalla del Dos de Mayo: que ella qu'es castiza y nacionala acetó con mucho gusto; que preparó unas tajadas de solomillo y la bota y que fuimos a *La Playa* a deglutir la merienda y a marcarnos una danza, y... ¡lo qu'es la coincidencial, que tropecé con la Blasa, qu'estaba allí por chiripa; que tuve una racha mala d'insensatez y la eché un par de miradas glaucas al desgaire; que filó el flirteo la Gervasia, y... c'aquí corto el relato de la película trágica que m'ha llevao hasta el catre del Hospital.

—No hace falta que prosigas: ya se ve el final de la jornada.

— ¡Es que no t'haces idea, aunque sueñes!... La batalla del Marne a su lao, un mito. ¡Con decirte c'a la Blasa no l'han encontrao completa a estas horas; sobra y basta p'hacerte un pequeño croquis! —Chico, lo c'a mí m'extraña es, c'habiendo roto tú la hostilidad, te libraras con tan pocas averías en el cutis.

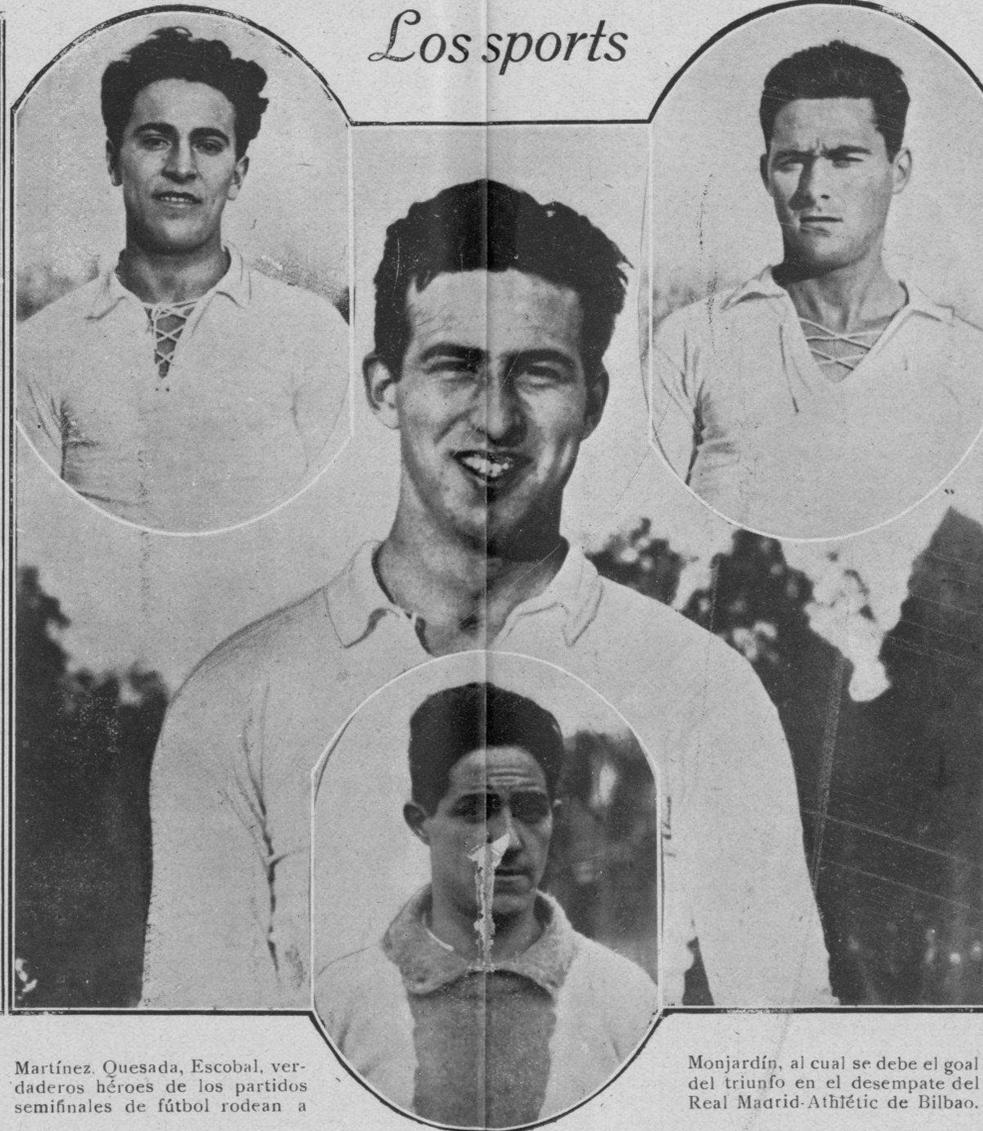
— ¡Miá qué gracia! Porque m'hice el distraído y salí de allí de naja sin despedirme.

— ¡Muy bien! ¿Y no te dió na de lacha dejar a la Blasa en manos de esa pantera de Java? —Vergüenza... sí me dió algo; pero... ¡las verdades claras! Entre que me diese grima el dejar así a la Blasa, o el que me diese la otra otra serie de morradas, la elección no era dudosa... Tú, métete en mi casaca y dime qué hubieses hecho... — ¡Lo que tú; salir de naja!...

FIDEL PRADO.

Abril de 1924.

Los sports



Campeonato de «cross-country» de la R. S. Gimnástica: Faustino del Río llegando triunfante a la meta.—Carrera de preparación para la olimpiada.—El «amateur» madrileño Antonio G. Castañé, vencedor.

Martínez. Quesada, Escobal, verdaderos héroes de los partidos semifinales de fútbol rodean a

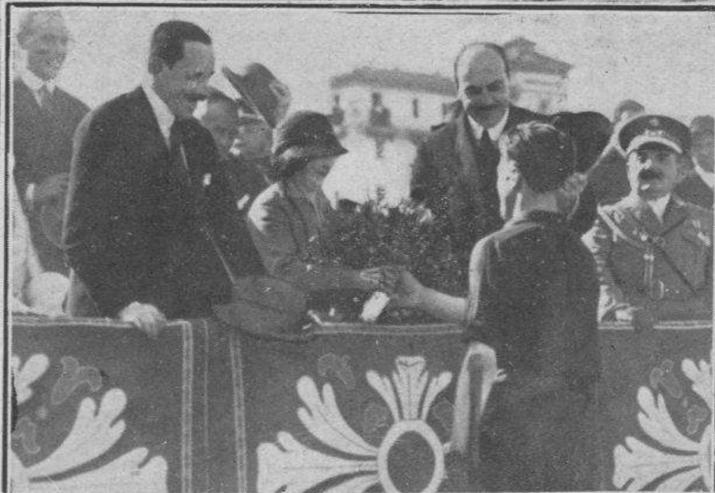
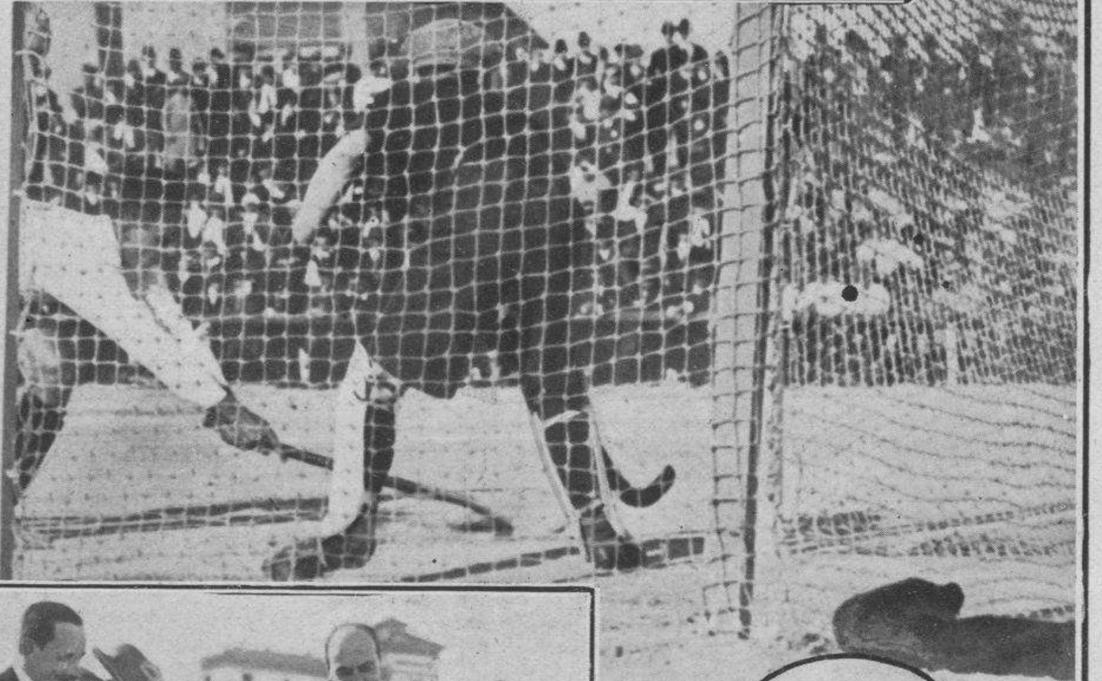
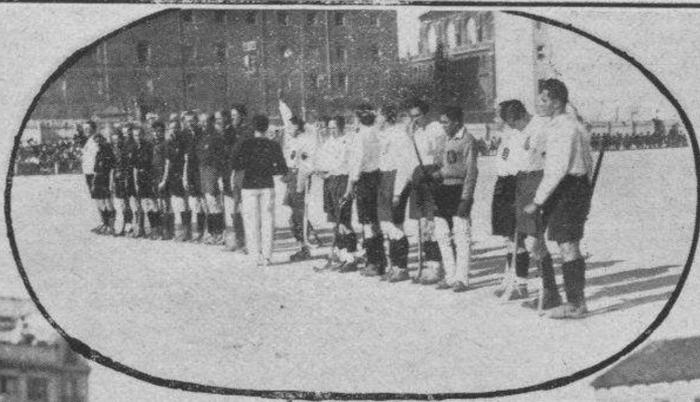
Monjardín, al cual se debe el goal del triunfo en el desempate del Real Madrid-Athlétic de Bilbao.

De los «match» Real C. D. Español de Barcelona y Athlétic de Madrid: Triana, el mago del balón, lanza un «shoot» peligroso aunque está «marcado» por el enemigo.—Zamora hace una parada a su portería.



1. El señor Colina, cuyo desastroso arbitraje en el partido Sporting-Barcelona, le ha valido ser descalificado —2, 3 y 4. Los equipos del «Athlétic Club» de Bilbao, «F. C. Barcelona» y «Real Madrid F. C.», hacia cuyas actuaciones en el campeonato de España giraron el mayor interés, por vislumbrarse entre este trío los futuros finalistas, pero las circunstancias encargáronse de malograr este arraigado vaticinio para alguno de los que más adeptos contaba. De todas formas, en San Sebastián el próximo día 4 de mayo, estarán representadas dos regiones dignas de figurar en primera línea.—5. Meana, el capitán del Sportin, que abandonó el campo ante la parcialidad del árbitro, por lo que se le censuró.

Fot. Alvaro.



Los equipos formados frente a la tribuna regia.—La labor de los belgas intercepta un ataque peligroso del delantero centro Laprisa. La colocación adelantada de los nuestros origina un «goal» contra España porque a Ismart en una salida prematura le falla el rechace.—Un ataque hispano en el que la buena suerte favorece a los belgas, evitando un «goal».—El capitán de la selección belga saluda y ofrece un gallardete en la tribuna regia-presidencial.—En los círculos el defensa y el director de la línea de ataque belga, a cuya actuación debe su equipo la victoria. *Ftos. Alvaro.*

LA BOLCHEVIQUE

SE refugieron en el bar, al lado mismo del salón donde jugaban, por hacer un paréntesis y ver si después cambiaba la suerte más que por nada; Lucy perdía casi un capital que acaso la fortuna caprichosa allí le dió: Mary sentía la inquietud del que hizo una tontería al dejar en la ruleta persiguiendo su caprichoso 17, sesenta mil francos que sólo a su trabajo debiera, éstos significaban días de malestar y de zozobra.

En una mesa, al lado de la suya, tres señoras acompañadas de un improvisado rico se aburrían con fastidio poco elegante.

—Ahí tienes a tu perseguidor, Lucy— le hizo observar la otra.

—Sí, pero verás como ahora así acompañado, no me conoce, y hace bien porque estoy... casi con el acceso y es cuando digo—yo le llamo más verdades, la gente dice más burradas.

Reverente se acerca a saludarlas el marqués de X, un viejo todo gentileza, alegre, simpático, que siempre tiene en sus labios una galantería para la mujer, y una fina ironía para todo lo que no sea ella; saluda también a los de la mesa de al lado: una de las señoras muestra deseo de ser presentada a Mary, la artista más española según él dijo: unos instantes pasados se hace entre todos amigable charla que el marqués hablador, infatigable e ingenioso, distrae admirablemente: todo el invierno lo pasa en Niza y la mayor parte de su tiempo en Monte-Carlo, conoce a todo el mundo y cuando alguien sale o entra contestando a un gesto de Lucy, que es curiosísima; en unas pocas frases, reasume su historial; ante ellos pasó alguien que parecía todo un gentleman-Rien de tout macherie... un vividor.

—Sí... la caraba de la sinvergonzonería, como dicen ahora por mi tierra, ¡qué lástima! ¿verdad marqués? me gusta ese hombre, es de lo más decentito que he visto por aquí.

—Gracias mujer, eres tan caprichosa como bonita.

—Hijo, de ti hago una excepción, antes que tú nadie; no siento más que tengas tantos años y tan poco dinero, que fuera lo contrario, ¡serías un ideal! y con que me permitieras algún flirteo sin ponerte trágico para darte después el gustazo de perdonarme... encantados, así como así es vuestra debilidad.

—Esta señorita es un poquito loca —explicó alarmado a las señoras que parecían algo escandalizadas— charlen ustedes con Mary que es una mujer cultísima y muy equilibrada.

—¿Equilibrada? ¡qué cínico eres marqués, cuando te decides a mentir!

—¿Por qué no? mujer—interrumpió ofendida la artista.—Tú equilibrada, que tomas la vida en serio, que te atormenta la sociedad y el qué dirán de la gente, y por añadidura que estás enamorada, que es el colmo del desequilibrio.



La más vieja de aquellas damas la miró agresiva.

—Sin querer no merece la pena vivir señorita, y quien diga lo contrario es una persona desgraciada.

Lucy, burlona, contestó:

—Me conviene pensar como pienso: dice un refrán que si un pajar viejo se incendia ni el demonio lo apaga... hay que ser cauta cuando se han cumplido cierto número de años.

Comprendió la indirecta aquella a quien la dirigió e hizo un gesto desdenoso, de rabia casi.

—El amor no es privilegio de los muy jóvenes, arguyó el que acompañaba a las tres señoras—; más se ama cuando más se comprende.

—Ah, ¿pero usted entiende de eso?... No parecía.

—Soy casado señorita.

—Esa no es una razón.

—¿Cómo que no?... ¿Quiere usted explicar?

—Acaso sea usted un enamorado, pero la mayoría de las veces el matrimonio es un contrato en que cada cual busca las mayores ventajas y el amor no toma parte en esa compraventa de muchísimos casos; no le negaré que algunos van a unirse con el afán del amor por el amor o el amor por aquella mujer; en otros buscan la dote o la herencia y los más... la criada ideal que libre de preocupación y de complicaciones... en cuanto a la mujer... dicen que es «su única carrera», y la hacen; a menudo caen en brazos de berzotas, de hombres sin cultura, sin sentimientos sólo por... eso; después terminan por pensar igual o por adornar la frente.

—No será usted casada, ¿verdad?

—No señora, viuda que es el estado apetecido y apetecible en la mujer. A los diez y siete años me dejé casar pensando que aunque mi marido fuera solo un estupendo deportista era sano de espíritu y de cuerpo y tendríamos hermosos bebés, esto es una cosa interesantísima; pasado un poco de tiempo y cumplida su misión me aburría horrorosamente y acordé conmigo misma *por unanimidad* una distanciaci3n—se interrumpió festiva—. Note indignes marqués ni haga gestos; también las mujeres tenemos derecho a cansarnos y *poneros a servir*. Afortunadamente para él, me dejó viuda, ¡oportunidades!, y ya no reincido; si me resuelvo algún día, será con el marqués y... provisionalmente; prefiero estar sola, ¡van valiendo tan poquito ahora los hombres!, y... conste que no es indirecta, miró descaradamente al que llamaron su perseguidor y se echó a reír.

Hubo un momento de azoramiento en todos: el marqués, para evitar enojos, cambió de conversaci3n.

—¿En proyecto prevechosos contratos, Mary?

—Oh, sí, ¡quisiera dejarlo; pero el aplauso y el público me son tan preciosos!...

—No sé como os enamoráis de públicos; su sola diversión es improvisar ídolos que luego se entretiene en derribar.

—No siempre Lucy.

—Pero es vida más divertida, ¿es cierto? Cuanto disfrutan, cuanto ven, cuanto ríen.

—No crea usted señora; a veces esa risa nuestra, es la máscara que oculta dolor y lágrimas.

—Por lo que hagan llorar ustedes a otras—dijo setenciosa la que parecía pertenecer al nuevo rico; allá se le acusaba a usted de haber interrumpido una paz familiar.

—Invenciones—saltó Lucy arisca—de hombres poco escrupulosos; de algo se han de valer para conseguir de ellas lo que después puede traducirse en pesetas; y otros por lo menos, esa especie de admiraci3n de la mujer propia o de la en proyecto, la artista por ser difícil da un postín loco.

—Usted no es artista, ¿verdad?—preguntaron a Lucy maliciosas.

Contestó por ella el marqués.

—Hizo ensayo al enviudar, y fué tan graciosa, que lo dejó.

—Dí francamente que no quise atormentar públicos, ¡si hicieran todas igual! En este mundo todo, absolutamente todo, debiera pasar por un tamiz, el arte, ciencias, hasta el amor; ¿por qué empeñarse en «llegar a ser» los que no sirven para ello?

—Les participo señoras que Lucy es una especie de bolchevique, hasta tiene ideas.

—¿Es usted de las del reparto social? y rió el ya su enemigo.

—Yo soy una mujer que piensa el que la mujer no sólo tiene deberes sino también derechos como el hombre; que cree que debía condenarse a trabajos forzados a los vagos de todas clases, a los de arriba y a los de abajo, que hay plaga; éstos representan la canalla, y los primeros la idiotéz. Que pienso que debían equilibrarse las fortunas, ¡se mueren tantos de hambre! ¡Hay tanto millonario con el «mal de rico»! Yo no uso más perfume que el de mi carne limpia desde que un día vi matarse a una viejecilla y un pequeño; el precio de unas gotas de esencia hubiera sido lo suficiente para colmar el cacharro de leche tibia que adormece y quita malas ideas; esto y otras cosas pienso y por eso el marqués me tilda de bolchevique, siempre me dice galanterías, es para adorarle sino fuera tan pend3n...

Al salir a la terraza del Casino un deslumbramiento de belleza en el paisaje, de alegría y bienestar, hace a las dos amigas sentirse felices y aspirar gozosas el fresco de la noche...

ADELA MARGOT



ANTE LA EVOCACION DEL DOS DE MAYO

LAS DUQUESAS MAJAS

FUÉ demasiado serio y demasiado rígido aquel siglo xvii español, tan lleno de vestiduras negras y de medroso rezar de oraciones. Como un contraste, la sonrisa y la frivolidad habían de llegar, forzosamente, a hacer sus pícaras piruetas sobre tanta seriedad y tanta adustez. Y fué el siglo xviii, el siglo-sonrisa, el que cambió el alma del mundo, e hizo que ahora brotase un madrigal donde antes lloraba una elegía y que ahora naciese una luz risueña donde antes imperaba una grave sombra...

No importaba que tras la decoración brillante del siglo versallesco se escondiese la sonrisa presagiadora de Voltaire y el alma inquieta de todos los filósofos que estaban preludiando los días rojos de la Revolución. No importaba que, en la sombra, Madama Guillotina fuese preparando los collares de púrpura con que había de ceñir la garganta de sus amantes...

En España el siglo xviii reía. La decadencia se enlazaba, como planta parásita, al viejo tronco español; se presentían días calamitosos, pero el siglo-perfume había puesto una máscara amable sobre todas las cosas...

Y llegan las horas trágicas de 1808, cuando toda España, unánime, se alza con un grito de rebeldía en los labios y una fiebre de venganza en el corazón...

Es entonces cuando con más intensidad se nota el influjo que el siglo galante había ido ejerciendo en las costumbres y en la vida española. La parte noble y aristócrata del país se une, en fervorosa comunidad de luchas y de idea-

les, con el elemento plebeyo, del arroyo, de los barrios populares... Y, sobre todo, son las mujeres las que más se acercan a lo que hasta entonces pareció pertenecer a un mundo distinto.

Las duquesas se confunden con las majas, y la belleza de las sedas más costosas se une a la humildad de las telas más sencillas. Bien conocido es el caso de la célebre duquesa de Alba, que se dejó pintar desnuda y que gustaba de los sitios populares. ¿Podía siquiera presentirse esto en los días severos del siglo xvii?...

Y no sólo aquellas mujercitas nobles querían y sabían tener cuerpo y corazón de maja para la frivolidad y la risa. En los instantes de peligro, en las horas rojas y negras de la lucha, ellas supieron

también unir su arrojo y bizarría al gallardo denuedo de las majas que sólo querían prender sobre su pecho rosas de sangre vertidas por España...

Divinas rosas de sangre generosa y brava que fecundaron nuestro glorioso suelo y hermanaron en un beso fecundante el alma de la nobleza con el espíritu plebeyo del pueblo; la altivez derrocada con la sencillez todo nobleza formando al aunarse un solo y glorioso pabellón con un lema brillante: «Mujeres españolas».

Muchos son los casos de mujeres aristócratas que supieron unir su nombre alcuñado al nombre vulgar y humildísimo de las nacidas en el arroyo. En las defensas gloriosas, las dos sangres —sangre de duquesa, sangre de maja— eran unidas por el dolor y la muerte para no ser sino una sola: sangre de España, generosa, mártir y fecunda...

Este acercamiento de las mujercitas aristócratas a las que no tuvieron la suerte de nacer en tan noble cuna, ¿qué es sino una prueba del cambio que el espíritu del siglo xviii había ido determinando en la vida y las costumbres españolas?...

Fueron quedando atrás la etiqueta, la rigidez y el convencionalismo para dar paso a una amplitud más simpática y más acogedora. Esa amplitud simpática y acogedora que caracteriza a aquellos días—últimos del xviii, primeros del xix—en que Goya retrataba, recogiendo el alma de la época, a duquesas y majas, a aristócratas y manolos, y pintaba, al mismo tiempo que el dolor sombrío de los fusilamientos del Dos de Mayo, el cuerpo desnudo y armónico de la admirable maja inmortal...

JOSÉ MONTERO ALONSO.





LOS HÚNGAROS

I

La errante caravana, siguiendo el rumbo incierto,
recorre los caminos;
mil pájaros canoros elevan un concierto
de amores, con sus trinos.
Pintada carretela que repta por la tierra,
llevando en sus entrañas románticas quimeras.
Pintada carretela que cruza por la Sierra
buscando las praderas.
La tribu sigue ignota su triste caminata,
buscando soledades en donde alzar su nido;
los ejes de las ruedas esparcen la cantata
de su áspero chirrido...

II

Ya llega el carromato de los aventureros;
piafan los caballos bebiendo en el remanso;
dejando los senderos
los bueyes filosofan en brazos del descanso.

Las tenues columnatas del humo se levantan
fingiendo caprichosas siluetas femeninas;
por entre el verde musgo, sus oraciones cantan
las aguas cristalinas.
Un húngaro amaestra a un oso cachazudo.
Dormita un pequeñuelo rapaz sobre unas faldas.
Una húngara en sus danzas agita el pie desnudo.
Inclinan sobre el agua los sauces sus guirnaldas.
Se aspira en el espacio perfumes muy sutiles
que llenan de enervantes
esencias juveniles
los sueños de los húngaros errantes...
Se sume en el descanso la bohemia caravana;
la luna se desvela;
¿adónde irán mañana?
¿Por dónde irá de nuevo la errante carretela?

PEDRO MIQUEL

Barcelona, abril 1924.

DEL MADRID TÍPICO

Segundo interior derecha.

Estamos (de visita nada más, por fortuna para vosotros) en una casa de huéspedes.

Doña Robustiana, que es la patrona, pasa, cuando se pesa, de los noventa kilos, con lo cual queda suficientemente probado que, como todas las de su gremio, está bien de carnes, aunque la olla destinada a los huéspedes se empeñe en desmentir tan consoladora afirmación.

Son las once de la mañana.

El puchero está a la lumbre con las inevitables judías, que, hartas del ofensivo desprecio que significa para ellas el que les «den morcilla» a diario, concluyen por «pegarse».

Doña Robustiana, a quien esta zurra leguminosa le tiene, por lo visto, sin cuidado, charla «descosidamente» con la señora Poli, madre de Pili.

—¿De modo y manera que lo que ustedes quieren es que yo les alquile una habitación?—interroga doña Robustiana.

—Sí, hija, sí.

—¿Y eso por qué?

—Porque con Segundo, mi yerno, no podemos estar.

—¿Es malo?

—¡Malísimo!

—¿Sigue dándole por la bebida?

—¡Ojalá! Ahora le ha dao por «chutar» a la hija de mis entrañas, y la tié que no pué sentarse a gusto desde hace un mes.

—¿Segundo, «futbolista»? Me deja usted pasmá, señá Poli.

—¡Ay doña Robustiana! Usted no se pué figurar lo triste que es pa una madre que la hija se enyugue a un hombre, chala del tóo por sus fragmentos, y el sinvergüenza, so pretexto de «entrenarse» en el deporte, según dice, se «chutée» luego así!

—¿Y cómo se le ocurrió a Segundo hacerse de eso?

—Por nosotras. Como siempre estába-



mos echándole en cara los «quinces» que se bebía, un día fué y vino con la cantinella de que iba a regenerarse y a hacernos caso.

—Comprendo que tenéis razón—nos dijo—. Los «quinces» resultan demasiao perjudiciales y voy a ser más modesto en mis costumbres. Desde hoy dejo los «quinces» y me paso a los «onces».

—Efectivamente. Al poco tiempo supimos que pertenecía al «once futbolista» del «Arganzuela P. C.», en calidad de «interior de echa».

—¿Y ha jugao en algún partido?

—En muchos. El otro día vino a casa con un ojo negro, por cuestión de una copa que se disputaban los «probables» del «Real K. E. T.» y los «imposibles» del «Medio Real D. T. A.»

—¿Y dejó su yerno que le zurrasen?

—¡Bah! Ya sabe usted de lo que es capaz Segundo por una copa.

—Sí, hija, sí.

—Además, y esto sí que es el colmo de la frescura, nos hemos enterao de que una tal Betty, señorita de esas que en las casas de los señores sirven de «mías», aunque yo creo que sirven de más, se le ha declarao por escrito, citándole en casa Mahou para tomarse unos tercios de cerveza y una ración de patatas fritas.

—¿Y él fué?

—¡Naturalmente! Con lo galante que es el hombre, ¿cómo iba a despreciar unas patatas fritas a la inglesa?

—¡Qué desahogao! ¡Menos mal si se conformó con la cerveza y la cosa no pasó de ahí!

—Pasó, señora, pasó. En el primer tercio empezaron las pullas contra mi Pili; en el segundo, los dos se pusieron de acuerdo, y aquel par de castigo se citó para un cambio de promesas amorosas, y al llegar el último tercio, aquella hija de la Gran Bretaña principió la faena, que ha acabao con un pequeño natural.

—¿No habrá sido ayudao?

—¡Vaya usted a saber! Lo cierto es que mi hija, al descubrir que su matrimonio resultaba algo así como una sección de «varietés», en que lady Betty era la «atracción» y ella la «telonera», cogió a Segundo y le dijo: —Si quieres que sigamos viviendo juntos, elige entre esa Betty o yo.

—¿Y él entonces...?

—La echó de casa, diciendo: —Betty, ¿lo has oído? Betty.

—Pues Pili hizo mal en irse. Ella, al fin y al cabo, es su esposa. La otra no es más que un «lío».

—Una «melée» llaman al «lío» los «futboleros».

—Más a mi favor. Una mujer como Pili no es justo que se pelee por una «melée».

—Tié usted razón.

—Déjenle que se vaya, si quiere, con esa «Lady».

—Ese es el consejo que ya la di: —No le detengas, hija—la dije—. Yo haré lo mismo. Así no podrá nunca decir que fué de-



tenido por la Pili ni por la Poli—. Y, al fin, la he convencido.

—¡Bien hecho!

—¿Supongo que no vendrán ustedes a hacerme la parodia de los versos de Espronceda?

—¿Qué quíe usted decir con eso, doña Robustiana?

—Que la «desesperación» va siempre acompañá del «arrepentimiento», y a lo mejor, dentro de unos días, pasao el arrechucho, se vuelven ustedes a juntar con el adúltero, dejándome desalquilá la habitación, cosa que a mí, la verdá, me reventaría, porque tengo la mar de proporciones.

—Esté usted descuidá. La falta de mi yerno ha sido muy grave pa que se pueda olvidar tan fácilmente.

—Debían ustedes llevarlo a los Tribunales.

—Ya, ya le hemos puesto por Justicia. Dentro de poco le verá usted a ese Segundo empapelao o yendo a la Moncloa con un «auto».

—¿«Citroën»?

—No. De prisión. Con la dignidá de mi hija no hace «gol» ningún «interior» derecha. Y menos un «gol» como éste, que por lo feo no pué aplaudirlo nadie.

—¡Sí que es un «gol» feo, sí!

—¡Calle usted señora! ¡Mi pobre hija que se puso tan contenta cuando Segundo se metió a «futebolar» en el «Porracing-Club»! ¡No suponía ella la jugada que iba a hacerle ese granuja!

—Ha sido «futbolística».

—¡Y tan «futbolística»! Como que ha resultao un «córner».

—¡Mía que tirar un «córner» estando casao!

—¿Tié usted alguna habitación pa nosotras?

—Sí Una tengo muy buena.

—¿Cuál es?

El cuarto de los baúles. ¿Le conviene?

—¡Qué remedio. Bueno es que mi hija vaya viendo mundo!

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

MIGUEL MUÑOZ



De Novedades al Moderno, pasando por la Comedia y la Princesa.—Juan José. Autores.— Dos hechos memorables.— Obras y papeles.—El ensayo de Teatro de Arte.—Cómo volvería el Teatro a su esplendor.—X...?

Don Miguel Muñoz nos recibió, amablemente, haciéndonos pasar a su cuarto, después de un saludo cordial...

—¿Nos quiere usted decir adónde nació?—interrogamos.

—En Madrid.

—¿Trabajó por primera vez?

—Aquí, en el teatro de Novedades. Luego pasé a la Princesa y a la Comedia, con doña María Tubau... Fui como primer actor al teatro Moderno, ya desaparecido—continúa—. Allá representé «Juan José» «ochenta y ocho» veces consecutivas...

—¿Recuerda las representaciones hechas por usted, hasta hoy, de dicha obra?

—Sí, señor—responde—. Hace un esfuerzo mental: LLEVO MIL SETENTA Y SEIS exactas...

—¿Cuál es su autor predilecto?

—De los modernos, Ibsen.

—¿Y de los españoles?—inquirimos. Hace un gesto de delicadeza.

—No puedo contestar—responde—. Sería injusto, tal vez, no recordando a todos los que quisiera...

Calló.

Intervenimos:

—Si no quiere decirnos los que viven, díganos, al menos, los que murieron.

—Pues ponga usted a Echegaray, a Galdós, a Dicenta...

—¿Qué hecho recuerda usted con más emoción de su vida artística?

—Recuerdo muchos. Uno de los más emocionales para mí fué la noche del estreno «Bajo la zarpa».

—¿Y con mayor alegría?

—El recibimiento que me hicieron en Lima el año 1911.

—¿Papeles y obras que le gusta representar?...

—No tengo predilecciones... Lo mismo me da unos que otros... Con tal de que pertenezcan al teatro serio...

—¿Ante qué público le gusta trabajar mejor?...

—Ante todos—responde con prontitud.

—¿Por qué creó usted este ensayo de Teatro de Arte?...

No nos deja terminar la pregunta:

—Si no he sido yo... Ha sido la Empresa la que lo ha creado.

Quedamos un poco perplejos, confusos, anonadados...

La Empresa del teatro Martín, reencarnada en el alma encantadora de una mujer toda espíritu, crea aquí en Madrid un Teatro de Arte, mirando, más que a la mentira del negocio, al supremo Ideal de la Belleza.

Vaya nuestro aplauso alentador para la señora Barragán por la noble labor emprendida...

—¿Qué medios cree usted más eficaces parra llegar al apogeo y esplendor que el teatro tuvo en otra época?

—Rebajar las cargas abrumadoras del Estado que pesan sobre él. Ampliar la producción de obras dramáticas, que, hoy por hoy, es escasa.. Y, por último, sin desdeñar lo «cómico», que la gente se fije un poco más en lo serio.

Antes de hacer nuestra última pregunta, dudamos un momento. Hicimos una pausa. Don Miguel Muñoz nos miró atentamente...

Vamos a ver, don Miguel, si no fuera usted actor, ¿qué hubiera querido ser?...

—Hombre..., hombre...—musitó—. Le diré...

—Diga usted...

Don Luis Ferro, que estaba en el cuarto del actor; dijo, riendo:

—¡Capitalista!...

—¿Capitalista?...

—Sí..., digo, no...—dijo don Miguel.

—Bueno..., mire—agregó—. Diga usted que cada vez tengo más entusiasmos por mi arte y me gusta más... Pero... —aquí la frente del actor se contrajo dolorosamente, con amargura, con crueldad, como si el cansancio la rindiese—, diga también que si pudiera dejar el teatro, lo dejaría...

Abandonamos el camerino del actor un poco tristes...

Don Miguel Muñoz, en plena pujanza y en plena gloria, cuando el público, las Empresas y los autores aguardan mucho de él, tuvo un gesto de hastío, noble; pero de infinita amargura, tras la cual se reflejaba una ingratitud desconcertante, algo así como si una lágrima espiritual cayera desde sus ojos al fondo de su corazón...

RICARDO MARTÍNEZ.

* * *

Unos comentarios sobre la «Fedra», de Unamuno.

La «Fedra» del señor Unamuno, es mejor una novela dialogada que una obra teatral. Sin intensidad dramática,

sin emociones estéticas, sin pasión desbordante, sin un depurado análisis psicológico, es imposible hacer una obra de teatro. Y, sobre todo, una obra buena. Esto es lo que ocurre con la «Fedra» del señor Unamuno.

Las escenas son lánguidas y el desarrollo lento. Se abusa demasiado de los monólogos, sin tener en cuenta que el «teatro» es «acción»... No hay un momento culminante en toda la obra. Hablan los personajes con sencillez; pero sin elocuencia, sin nervio, sin alma, con la misma frialdad didáctica de un pedagogo. Y esto ni puede ni debe hacerse en el teatro.

Para triunfar en él hay que ser un «impulsivo» y no un «meditativo». La meditación, y más cuando esta meditación es casi «contemplativa», quédese para los libros de «biblioteca» o gabinete de estudio, para los hombres de hielo, meditabundos y razonadores, para los «científicos del arte»; pero nunca salga a luz para ser juzgada por las muchedumbres que van al teatro a ver los arcanos de la vida tamizados por el temperamento del autor...

Los críticos han elogiado la obra, al son de bombo y platillos, faltando a la verdad y diciendo la mentira a sabiendas... Los hombres que así se portan sólo merecen nuestra lástima, ya que no nuestro desprecio... Pero no todos han obrado de esta manera. Los señores Mori, don Jorge de la Cueva y don Rafael Marquina han hecho de sus juicios el uso que debe hacerse de la razón y de la justicia.

Sean para ellos todas nuestras alabanzas...

DEMÓFILO BUENO.



Caricatura de don Miguel de Unamuno, vista por Fervá.

Como empieza ya el buen tiempo justo es preocuparnos de nuestros nuevos trajes.

Los modelos para esta estación son de una estructura juvenil en alto grado, no teniendo otro motivo que dejar cada vez más perenne la juventud en la mujer... claro está, siempre que ella no necesite un kilo de sal... por la escasez que de este mineral tenga.

Ya saben mis amiguitas los colores que estarán de moda; pero por si acaso no recuerdan ahí van: verde, anaranjado, rojo y azul vivo.

Los dibujos son círculos y cuadros, o muy grandes o muy peque-

ños; esto es: los dos extremos. Las telas «tutankamen» crespones china, escocesas y seda, son las que se usan.

El color verde jade es el que domina; ¡qué bello resulta un abrigo corto, un vestido o una bata de este color!, resulta encantador. Deben ponerse en sus bordes trocitos de piel blanca o negra.

El escote, en forma «bateau», estrecho. Pliss, picos y volantes, en los costados mangas y cuellos.

Modelo 1.º Traje túnica muy estrecho por abajo, de terciopelo, con dibujos bordados en oro, un ancho lazo de crespón o seda al lado derecho y adornos de azabache.

Mod. 2.º Traje de día con Salambo, sobre el cual van las cuentas que cuelgan, bordadas.

Mod. 3.º También, como los otros, es estrecho; generalmente para teatro; de terciopelo blanco y encajes de seda bordados en oro.

LOLITA.



MODAS

CHARLAS MÉDICAS

La infección por el calzado.

EL doctor Higio fué llamado a casa de los de Mendoza y allí oímos la charla transcrita a continuación:

Clara.—Entonces doctor lo de Luis no tiene importancia, ¿verdad?

Higio.—Ninguna; lo que tiene Mendoza es un ligero recrudecimiento reumático, que con sus salicilatos y su Radio-Salil que voy a formularle, en dos días listo.

(Mientras Higio redacta las recetas irrumpen el salón, brusca y algazaramente, Chona, Tatá y Cholito, que llegan chorreando agua de sus impermeables.)

Clara.—¡Uy... Bendito sea Dios como vienen estos chicos! Estáis poniendo la alfombra perdida de barro. ¿Qué pies traéis? ¿Porqué no llevásteis el auto?

Tatá.—Porque Cholito, sin que tú lo supieras, se lo ha prestado a Polin, que ha ido hoy a Guadalajara a ver a su Trina.

Cholito.—Calla chismosa. Mira mamá le diré, yo...

Clara.—No quiero saber nada, lo que quiero es que no sigáis destrozándome la alfombra; antes de entrar aquí, debisteis cambiaros de calzado en vuestros roperos.

Higio.—No Clara, no; debieron haberse descalzado en el Hall, porque no está lo malo en que llenen de barro la alfombra sino que la infectan, y eso es dañino y atentatorio a la salud de todos los de esta casa, porque, sépanlo ustedes, el calzado es un agente altamente infeccioso.

Chona.—Ya salió nuestro doctorcito con sus sermones de higienismo, es colossal este doctor.

Higio.—Cállate muñeca, ¿tú que sabes de eso?

Clara.—¿Que el calzado es agente infeccioso dice usted?

Higio.—Si señora.

Cholito.—Si sigues oyendo al doctor acabará por decirte que en efecto el calzado es un agente infeccioso y dañino, un agente mucho más dañino que el agente ejecutivo de contribuciones.

Higio.—A callarse, mequetrefe; tú con *tanguear*, *foxear* y *shimiar*, como tus hermanitas en el *Palace* y en el *Ritz*, ya tenéis bastante.

Clara.—Pero por Dios doctor, yo creo que usted exagera.

Higio.—Pues no exagero; si se quiere cumplir estrictamente con los sabios preceptos de la Higiene, es preciso al venir de la calle cambiarse de calzado en la puerta de la casa y mandar en seguida que limpien y desinfecten al que se trajo, porque en el calzado, y sobre todo en la suela y en el filo de la suela se traen a la casa millones, enténdalo ustedes bien, *millones* de microbios productores de la tuberculosis, difteria, viruela, etc., etc.

Clara.—¡Jesús!, ¿cómo puede ser eso?

Higio.—Porque en el polvo y en el barro del suelo de la vía pública existen

siempre millonadas de microbios y gérmenes de enfermedades infecto contagiosas.

Clara.—Y, ¿cómo dice usted que se evita ese gran peligro?

Higio.—Muy sencillamente; limpiando y después desinfectando el calzado siempre que se venga de la calle con un cepillo humedecido en una disolución de Oxicianuro de mercurio al *uno por cinco mil*, y aun al *cuatro mil*, o sea una pastilla de *Oxicianuro de medio gramo* disuelta en *dos litros* de agua caliente a 40 grados.

Chona.—Pero esa disolución estropeará el calzado, sobre todo nuestros zapatos modernistas de fantasía.

Higio.—Nada de eso, no se estropea ninguna clase de calzado, y además el oxicianuro es menos peligroso que el sublimado.

Clara.—Pues haga usted inmediatamente la fórmula, se hará la solución y Juan, el portero de nuestro hotel desinfectará así el calzado de todos nosotros, ¡no faltaba más! Niños, a descalzarse a escape. Y esta alfombra se quita hoy mismo.

Y ahora, si los estimadísimos lectores de ALMA IBÉRICA, quieren antiseptizar su calzado ya saben lo que tienen que hacer, llamar cada cual a su médico para que les haga la receta de la mencionada disolución oxicianúrica, porque sin receta no la dan en las farmacias, y hacen muy bien.

DOCTOR CORRAL Y MAIRÁ

EN BROMA

¡MUJERES!

Si quiere la mujer que un hombre se vuelva tarumba por ella... que haga el favor de leer.

* * *

Hoy, para que no digan mis preciosas y horribles lectoras que siempre estoy metiéndome con ellas para molestarlas, voy a darles algunas instrucciones que no dudo me agradecerán, pues de mucho pueden servirles, ya que estas instrucciones están sacadas de las obras de los más estupendos sabios.

Este artículo lo han motivado algunas cartas que he tenido el placer de recibir, de distinguidas señoras y señoritas, muy incomodadas conmigo, diciendo que soy el escritor, que más les toma el ondulado. Yo, francamente manifiesto que procuraré enmendarme, y que perdonen, porque si he «faltado» habrá sido sin querer, y si fué queriendo es que se trataba de una broma de buena índole, pues mis ideas son algo así como las que puede tener un cordero lechal.

La individua que desee que un caballero se ponga por ella como una cabra, aunque sea fea (claro que siendo guapa ya cuenta con una gran ventaja) debe

tener, además de las habilidades que toda hija de vecina posee por ley natural, tres grados de sentido común, por lo menos.

¿Eh?... ¿Que de esto hay escasez en el artículo femenino? Pues lo siento, porque lo primero que hace falta es eso: sentido común; sin él se puede enamorar a un hombre (para ello bastan unas caderas redondas, unas pantorrillas «bien», unos ojos requetebién o una boca de chipén), claro está, esto es lógico, pero el enamoramiento entonces es temporal, y en cuanto el hombre saborea alguno de los encantos materiales que le chiflaron, comienza a cansarse y vuelve la espalda, cosa de buen gusto, ya que dicen que en la variación está el gusto; pues el sujeto que vuelve la espalda es que desea variar, no cabe duda.

Se llama enamorar a un hombre cuando se le coge bien y para siempre. Todo lo demás son «motos» por carretera: cosas que pasan velozmente. En cambio, con sentido común, se pueden hacer locuras, pero locuras completamente cuerdas, y esto, aunque lo parezca, es un disparate. La mujer, para enloquecer a un hombre, debe ir siempre lavada, afeitadita, limpia y con medias de seda, y debe saber hablar de todo, aunque sea poquito, y debe escuchar y procurar entender, y si no fingirlo muy bien. Debe envolver al hombre con palabras zalamerías y engañosas e inventar historias que asombren al individuo. No dejar nunca encomendado, como la mayoría de ellas, el triunfo a los encantos personales ni a cosas por el estilo, si se poseen. Los hombres nos cansamos de los tirantes porque suelen ensuciarse y pelarse con el tiempo. Si los tirantes tuvieran la habilidad de estar siempre nuevos, de presentárenos cada día de distintas y bellas formas, nosotros no nos cansaríamos de ellos y cada vez los querríamos más y sino los habíamos querido acabaríamos por quererlos. Así, pues, todas las mujeres deben hacerme caso y luego lo que les de la gana, que yo no me incomodo. Pero no olvidemos nunca que tengo mucha razón, porque aunque yo no he sido nunca mujer, ni lo pienso ser, mi aficiones a ver trabajar a Luis Esteso y a coleccionar monedas antiguas me han enseñado mucho de esto que hablo.

Quedo en la seguridad de que mis lectoras me dedicarán un cariñoso recuerdo en prueba de agradecimiento. Yo las adoro a todas y soy capaz de contraer matrimonio con las que así lo deseen. La que quiera que levante un dedo..., y que lo baje cuanto antes, porque sino se va a cansar una barbaridad...

NICOLÁS DE SALAS.

ALMA IBÉRICA ha fijado su redacción y administración en la calle Mayor, 4, primero B, lo que ponemos en conocimiento de todos para los efectos consiguientes.



Don José Berdún, Director-Propietario de la consagrada «Casa Berdún» que en Antequera y en el número 44 de la calle del Infante don Fernando, es la tienda predilecta de las bellas antequeranas por el estupendo surtido en todos los ramos de tejidos, perfumería, terciopelos, camisería, etc.

(Foto ARENAS.)

HOTEL UNIVERSAL

DOTADO DE IMPORTANTES REFOR
MAS POR SU NUEVO PROPIETARIO

MANUEL V. MISTROT

Gran fábrica de mantecados,
roscos de vino y alfajores

Movida por aparatos eléctricos

Estepa, 83. Aguardenteros, 2

ANTEQUERA
(MÁLAGA)

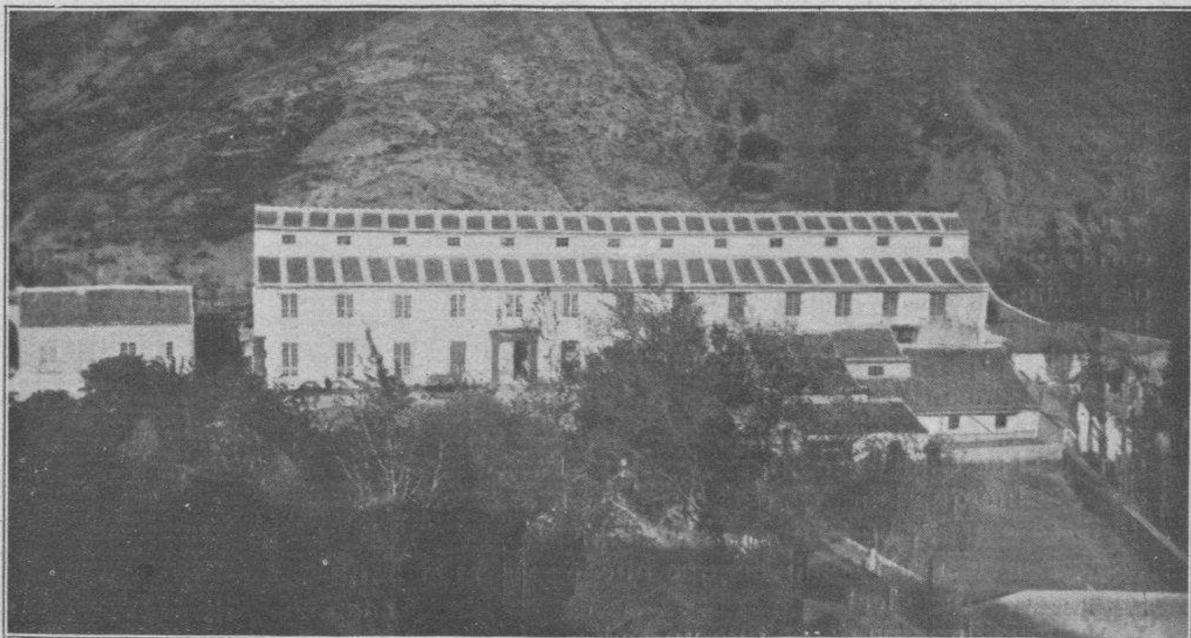
TELEGRAMAS: V. MISTROT

Fábrica de hilados y tejidos de lana

DE

VICENTE GÓMEZ AGUILAR

Oficina: Infante Don Fernando, 115. Tel. 134. ANTEQUERA



Vista del importante edificio destinado a fábrica.



Don Benito Ramos, culto y joven Gerente de la Fábrica y concejal del nuevo Ayuntamiento de Antequera, adonde ha ido por sus méritos y de quien se espera grandes beneficios en pro de esta opulenta ciudad andaluza, patria del inmortal capitán Moreno y de aquel hombre público que se llamó Romero Robledo.

FIGURAS DE VARIEDADES



Angelina Bretón.

Angelina Bretón es una de nuestras jóvenes y modernas estrellas que más se están destacando en la reciente avalancha de artistas de variedades y una de las pocas que posee medios propios suficientes para destacar su personalidad artística sin ayudas mercenarias.

Dotada de una gentil figura graciosa,

elegante y distinguida, poseedora de una lujosa presentación y con una voz de gran sonoridad y bello timbre, unido a su temperamento sensible y su bello repertorio, elegido entre las más aplaudidas creaciones de los maestros Bertrán, Romero, etc., donde quiera que actúa cuenta por éxitos sus presentaciones y no hay población donde no deje firmados nuevos y ventajosísimos contratos.

Con Angelina, la zarzuela ha perdido una gran tiple, pero el varietés ha conquistado una excelente cancionista.

* * *

Julia Castillo es una artista del género frívolo que si por sus cortas actuaciones es novel, no lo es así por su aplomo en la escena, su seguridad en el trabajo y su dominio en el difícil arte a que se ha dedicado.

Bella, joven, gracil y elegante tiene en su gentil eurytmia un bello aliciente para triunfar, pero tiene aún más atractivo su gusto en la expresión y arte de matizar sus números, su bonita e insinuante voz rica en matices y esa aristocracia en la «posse» que la adueña del ánimo del espectador desde que se presenta en escena.

Pruébalo el hecho de que la empresa de Maravillas, donde recientemente actuó, la dió desde el primer día una cate-



Julia Castillo.

goria artística que ella misma estaba lejos de sospechar por ser desconocido su trabajo por la empresa.

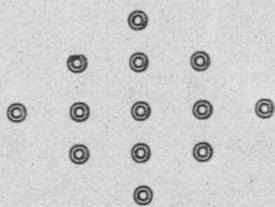
Felicitemos a tan bella artista y a su maestro señor Bertrán, que puede estar orgulloso de tan aventajada discípula.

F. P.

SECCION DE PASATIEMPOS

Número 1.

Acróstico.



Sustituir los puntos por letras de modo que se lea de arriba abajo y de izquierda a derecha: 1.º, consonante; 2.º, verbo; 3.º, nombre de varón; 4.º, apellido; 5.º, consonante.

Número 2.

Anagrama musical

- | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|----------------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | — | Ceremonia. |
| 5 | 4 | 3 | 1 | 2 | — | Tiempo de verbo. |
| 3 | 2 | 1 | 4 | 5 | — | Extraer. |
| 1 | 5 | 2 | 3 | 4 | — | Aceitoso. |
| 4 | 4 | 5 | 2 | 2 | — | Parte del cuerpo (plural). |

Número 3.

Consejo.

PON T AUTORIDAD D QUE
T MONJA ABRIGO

Número 3.

Tarjeta.

ZACARIAS O. DUEDO

Con las letras de esta tarjeta formar el nombre y apellido de un conocido literato.

Soluciones a los pasatiempos del número anterior:

Al acróstico: 1.º, T; 2.º, Sol; 3.º, Tomás; 4.º, Las; 5.º, 5

A la tarjeta: Carlos Arniches.

A la charada: Ra-mo-na.

CHISTES IBERICOS

—¿Cuál es el animal que cuando tiene novia se le caen los dientes o cuando se le caen los dientes le sale novia?

—¿...?
—El camello, que cuando se le caen los dientes ¡tiene *ca... mella!*, y si tiene *camella* no tiene completa la dentura.

Lección de agricultura:
—Vamos a ver, ¿en qué tierra se dan las patatas?

—Señor, si pagándolas no se encuentran, ¿cómo es posible que se den en ninguna parte?

En el campo:
—Creo que hay un cosechón.
—Si *miente*, bastante.

En la nueva prevención:
—Vas a estrenar este calabozo.
—¡Ya decía yo, Domingo de Ramos y no estrenar *nada!*

CARLOS ATIENZA.

Correspondencia particular

M. V. L., Madrid.—Se publicará el provinciano; el otro es excesivamente largo.

M. M., Madrid.—Será publicado «El mañana» de Eloy.

D. B. M., San Fernando.—Muy bonito, pero muy extenso; si le corta cuatro cuartillas se publicará.

J. de la L., Sevilla.—Se publicará con unos pequeños arreglos de medida.

R. S. G., Reus.—Tenemos muchos versos de ese corte. Mande otra cosa.

A. C., Madrid.—Se publicará.

R. P., Palma.—Mande otra cosa.

J. R. I., Madrid.—Le diremos a usted. Las condiciones en que admitimos los trabajos de *aficionados desconocidos* (como usted pregunta) son muy sencillas. Estando bien escritos, siendo bonitos o graciosos y gustándonos, los ponemos en turno, los publicamos cuando se puede y... ¿le parece a usted poco?

G. S., Madrid.—Mande otra cosa.

M. M., Madrid.—No nos sirve.

M. M. G., Sevilla.—Gracias. Se publicará.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos.

Imprenta Artística.—Norte, 21. Madrid.

Compre usted
Los Contemporáneos
 SE PUBLICA LOS JUEVES
 30 céntimos.

Vida Aristocrática

REVISTA DEL HOGAR

Se publica los días 15 y 30.—Suscripción: DOS pesetas al mes

Director: ENRIQUE CASAL («León - Boyd»)

© © ©
 SOCIEDAD - ARTE
 DEPORTES - MODAS

© © ©
 Precio del número: DOS pesetas.—Para la publicidad pídanse tarifas.

Goya, núm. 3. MADRID. Teléfono 583 S.

No deje de leer los sábados

Alrededor del Mundo

40 céntimos

Editorial Música Española

Tiene a la venta las canciones de éxito «En Aragón son así» y «Golondrina del taller».

██████████
 Arenal, número 2

H. THIELE

Es el mejor modisto para las artistas. Figurines exclusivos. Precios módicos.

██████████
 DESENGAÑO, 12

BAR AMERICANO DE MAGÍN SOLER

Servicio esmerado Salón de billares. Vermouths, licores y refrescos de las mejores marcas.

ARRABAL DE ROBUSTER, 26. - TEL. 325
 REUS (TARRAGONA)

CASA DE VIAJEROS CAFÉ Y CASINO MODERNO

(ANTES COLUMNA)

Hospedajes económicos con esmeradas habitaciones.

Lorenzo Pérez

Plaza Luis Gutiérrez, 2 Colmenar Viejo Se sirven almuerzos y refrescos.

Especialidad en vinos finos de todas marcas.

A. MATAMALA

EDITOR DE MÚSICA

Tiene a la venta **La tarde del Corpus**, la canción de más éxito de Raquel Meller.

Plaza de Isabel II, 2.



LA INDUSTRIA ANTEQUERANA

Interior del elegante y recién inaugurado comercio LA MODA, de Antequera, propiedad del joven comerciante don José López Sorzano (x), que ha logrado hacer de su tienda la predilecta de las bellas antequeranas.

(Foto Arenas.)